La Catrina

Amadeus Raven

La Catrina

Amadeus Raven

Avant
editorial

Primera edición, marzo de 2025
© Miguel Ángel López García-Porrero, 2025
Ilustraciones interiores de Luis Pineda
Fotografía y diseño de portada
de Inmaculada Espliguero
Modelo: Estefanía Pozo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:979-13-87532-73-4
THEMA: FBA - FF - FFL - FHR
DEPÓSITO LEGAL: M-7962-2025

A Estefanía Pozo, corazón tan blanco.

AGRADECIMIENTOS

A Elena Asperilla, por su emocionante fragilidad de acero.

A Cristina Miguel, por ocho años de amistad inolvidable.

A Beatriz de las Heras, por decirme que sí al viaje a Toledo.

A Íñigo Bordiú, por su apoyo incondicional en redes sociales.

A Raquel Pozo, por el bálsamo de su serenidad.

A Alberto Denche, por levantar barricadas frente a los dogmas.

A Sara Fernández, por la lumbre de su sonrisa.

A Susana López, hermana en tantas penas, por su abnegación.

A Lucía Santana, por la inspiración sensata.

A Miguel Moscatel, por su abrazo en la distancia.

A Antonia Zarco, por el fulgor de su alma.

A Beatriz Guillén, por su labor de promoción de escritores.

A Inmaculada Espliguero, por tejer de luz mis sombras.

A Luis Pineda, por sus pinceladas de generosidad.

A Purificación Vedia y José Luis Torres, por su trazo y trato exquisitos.

A Carlos Sáez, por su bonhomía.

A Roberto Sáez, por su salvavidas informático.

A Rafael Gómez, por su exquisita honestidad.

A Raquel Fernández, por pedirme esta continuación.

A Rafael Herrero, héroe del sureste, por la libertad de ser, estar y no parecer.

A Fernando Prieto, por la conversación aguda y discreta.

A Lola Fernández, por la emoción contenida.

A Laura Fernández y Nerea Bermejo, por sus afectuosos likes.

A Ramiro Gil-Mugarza (lector beta sin igual), Elena Félix, Silvia López, Yolanda Martín, Ana Calderón, Natalia González, Cristina Alba, Catalina García, Jorge Díaz-Serrano, María Román, Amparo Muñoz, Ana Cabrilla, Sonia Torrillas, Nuria Morales, Herlinda Besteiro y demás compañeros en las aulas que me inspiran y guían por el mar de la docencia.

Mira, ¡ahí viene! Ella se echa a un lado el velo
Y se me queda mirando larga y fijamente. Yo digo:
«¿Has sido tú la que le dictó a Dante las páginas sobre el infierno?»
Y ella responde: «Yo soy aquella.»

ANNA AJMÁTOVA,
La musa

AVISO LEGAL

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido de los personajes que aparecen y de los sucesos narrados en ella con personas o hechos reales es producto de la casualidad ajeno a la voluntad del autor.

PRÓLOGO

LA TUMBA DE LA LUNA

Se la arrebató a las monjas y la enterró cerca de Larra y Espronceda, en el camposanto más romántico de Madrid.

Fue en contra de la voluntad de sus padres, que hubieran preferido que fuera inhumada en la cripta de la iglesia anexa al convento de sus hermanas trinitarias en el barrio de las Letras.

La figura altísima y desgarbada traspasó las puertas del cementerio Sacramental de San Justo para visitarla por primera vez desde su sepelio. Lo hizo una tibia mañana que saludaba la llegada del otoño engalanando patéticamente las calles con las hojas que ya se desprendían y caían lánguidas de los árboles, lo hizo evitando pisarlas para no escuchar su último estertor, caminando lentamente por el paseo de la Ermita del Santo, parándose sombríamente ante las verjas que marcaban el final del mundo de los vivos, exhalando un suspiro trémulo antes de internarse en los ámbitos de la muerte, errando con paso vacilante por las sendas que bordeaban los fastuosos mausoleos y los monumentales panteones, bajando la cabeza al llegar al sencillo nicho de ladrillo para no leer lo que él mismo había ordenado grabar en la lápida que velaba el féretro, finalmente desbordado por el dolor que se despeñaba desde los ojos ante su tumba.

No la incineró porque ese no hubiera sido su deseo y respetó su fe, pero no la quiso bajo tierra y eligió la fila del muro que estaba a su altura, porque deseaba tenerla frente a sus ojos.

Junto al sendero que conducía hacia donde su cuerpo descansaba, desde una fuente se elevaba al cielo una paz líquida y anhelante. La música serena salpicaba el espíritu del visitante, que depositó un pequeño ramo de caléndulas naranjas en el búcaro de cristal fijado sobre la losa que no quería mirar.

Después permaneció largo rato a su lado, conversando con ella en silencio e imaginando su rostro inmaculado y fresco guardado por los cuatro centinelas de agua, mármol, ladrillo y pino.

Una hebra de luz esquivó las ramas de un ciprés, sorteó sus hojas y se deslizó por las letras grabadas sobre el sello del sepulcro, como si el astro rey extendiera sus dedos para acariciar la memoria de su luna perdida.

Entonces el hombre alzó su rostro demacrado y el epitafio que le escribió resucitó ante él, proclamado por el sol:

«LUNA ESPINO BRACAMONTE
SOR GUADALUPE

Hija de las golondrinas,
hermana amada y esclarecida,
que la eternidad ilumine
el aposento de tu sombra».

PRIMERA PARTE

¿Quién me presta una escalera
para subir al madero,
para quitarle los clavos
a Jesús, el Nazareno?

SAETA POPULAR

CAPÍTULO I

LA MANTIS DESNUDA

«La mujer estaba de hinojos sobre la cama con su cabeza apoyada en las sábanas y las caderas elevadas. Sus piernas se habían abierto para facilitar la penetración de su nuevo amante, ante el que estaba exponiendo su sexo lubricado.

»Se excitó imaginando la visión de la curva de su espalda arqueada ante los ojos del hombre, cuya mirada febril se reflejaba en el espejo estratégicamente situado que tenía ante ella. Le había costado más de la cuenta seducirlo y ahora ya era suyo.

»Tuvo antes tres citas con él, pero, para su sorpresa, no se dio por aludido, a pesar de las indirectas y de las miradas que le lanzaba. Por fin decidió invitarlo a su mansión, en la que habitaba ya libre y atendida por sus dos empleados tras desembarazarse de su tercer marido.

»Cuando el mayordomo lo recibió, el recién llegado no supo interpretar la mirada profunda y oblicua que le dedicó y se limitó a esperar a que lo condujera ante su anfitriona.

»—Gracias, puedes marcharte —despachó la dama a su empleado para quedarse a solas con su visita ante una mesa dispuesta con una cena fría para *gourmets* y un vino exclusivo.

»Llevaba un vestido de licra que destacaba cada rincón de su anatomía y sintió que iba por buen camino cuando descubrió a su invitado absorto en el lentísimo cruce de piernas que le había dedicado al sentarse en el sofá y que había provocado la elevación de la falda los centímetros justos para prender el deseo en sus ojos.

»No tenía ninguna intención de llegar a la mesa, porque quería evitar el distanciamiento formal de las sillas dispuestas una enfrente de otra, y la estrategia del sofá estaba milimétricamente calculada para que el hombre sintiera el roce de sus manos descuidadamente en sus rodillas o el contacto directo sobre su antebrazo.

»La dama susurró al visitante cuánto le agradaba su corbata mientras le desajustaba distraídamente el nudo, desmantelando las últimas defensas de una fortaleza que hoy caería tras un largo asedio.

»Cuando un ligero movimiento de su pierna dejó al descubierto el inicio de la blonda que se ajustaba a su muslo, sintió una cierta alteración en la respiración de él, y entonces lo miró profundamente antes de besarlo, tomando posesión de lo que tanto había codiciado. Sus manos expertas se movieron suavemente para acariciar la incipiente erección, que terminó de desplegarse mientras su acompañante se rendía a sus artes amatorias.

»Olvidándose de la cena, lo condujo a su habitación de la planta superior, que había dejado tenuemente iluminada y donde les esperaba una pequeña mesa dispuesta con más vino. Conectó el equipo de sonido y eligió sin preguntar una sofisticada música de *jazz* apropiada para la ocasión.

»Notó cierta incomodidad en su invitado y se arrodilló para calmarlo. El piano dejó de ser un instrumento musical ajeno al pulso del hombre para alentar la sangre que ella bombeaba.